

La Niña Y El Zorro De Fuego - (Fragmento)

Juan P Cicero M



Capítulo 1

Capitulo 3:

El cielo nocturno estaba vacío, sin estrellas decorándolo como de costumbre. El único cuerpo celeste flotando en el oscuro firmamento era la luna, y brillaba de una forma distinta a la habitual: más fría, más gris... más triste.

La niña podía ver su reflejo en el estanque, la esfera pálida celestial se veía como una pequeña esfera de navidad en el espejo de agua. Y debajo de ella estaba su rostro, el de la pequeña, contrario a todo lo que en aquella noche acontecía: cálido, vívido y lleno de color. Un resplandor color mamey destellando por sus mejillas, verdes brillos como de llamas color esmeralda escapándose de sus ojos, y una cabellera castaña colgándole a un lado, apenas moviéndose con la casi inexistente brisa de viento, tan apagada como el brillo lunar... como el semblante de aquél rostro infantil.

Aunque ella era cálida presencia en aquel sombrío paraje, su ánimo estaba igual que el resto del escenario: el desánimo inundaba casi todo su ser. Podía sentir el frío correr por su piel y deslizarse suavemente hacia arriba, como un escalofrío, hasta alojarse en su columna y descender por todo su cuerpo infantil, haciéndola temblar con más dolor. Las lágrimas corrieron por sus mejillas enfriándola aún más, pues incluso el llanto era insuficiente para darle abrigo.

Quiso ahogar sus sollozos para que nadie la escuchara. Aunque no había nadie cerca, ya estaba acostumbrada a sollozar en voz baja para que no llegara a llamar la atención de nadie. O a molestar a nadie. El llanto en silencio por lo menos no se convertía en un estruendo molesto... pero a ella le provocaba un dolor frío en el pecho.

Aún sentía un poco de ésa compañía que hasta hace poco tenía. El calor ajeno que venía para dar consuelo. Y es que no estaba sola, porque poco a poco alguien se fue acercando. Sus rodillas sintieron el pasto húmedo moverse y con un salto se puso de pie.

Del suelo pastoso emergió una plantita que fue creciendo con velocidad, hasta que haciendo un movimiento giratorio se convirtió en una altísima flor de tallo grueso. Varios pétalos rojos brotaron de la parte superior, y las hojas que le salieron por todo el tallo se estiraron formando algo así como brazitos y piernitas con las que se sostuvo, una vez que el otro extremo del tallo se separó de la tierra.

La niña la miró con atención y sin darse cuenta dejó de sollozar. Notó que sus pétalos eran como los de un girasol, pero los de los girasoles son

todos amarillos, y ésta flor los tenía en su mayoría rojos y algunos anaranjados, pero sí los había amarillos. Y así mientras la niña la veía, la flor se irguió y dejó escapar un placentero suspiro, aliviada por haber salido del suelo. Luego se inclinó, doblándose para quedar mas a la altura de la pequeña, y aunque no tenía boca, una voz salió de ella:

- ¿De dónde vienes, pequeña forastera?

La niñita se quedó perpleja. Se secó las lágrimas y tragó antes de contestar, sintiendo ronca su garganta.

- Del Castillo... Me da mucho miedo cuando está sólo, sin los reyes. Me... me da miedo estar sola, es todo.

La flor sonrió... No tenía cara ni expresiones, pero de algún modo, la niña lo sabía: Había sonreído con ternura.

- ¡Pero si no estás sólo! Siempre tienes la más bella compañía rodeándote con La Presencia Innegable. Además, también tienes un compañero al que no puedes ver, pero que siempre está contigo.

- Éso... me dice mi abuela. - la niña se limpió otra vez las lágrimas, y con esfuerzo pero con sinceridad, podía otra vez sonreír.

- Y, ¿qué es éso que veo ahí?

La pequeña se dio la vuelta, mirando por encima de su hombro. Detrás de ella, siguiendo el mismo camino por el que había llegado, una estela brillante de fuego chisporroteaba y rebotaba como pelota formando curvitas de fuego en zig-zag. Ella la miró con mucha alegría que de pronto la invadió. Sabía quién venía ahí, aunque lo había olvidado, y era casi como si lo viera por primera vez. La pelotita de fuego siguió saltando y la rodeó, hasta que se desvió hacia un lado cerca de la orilla del estanque y aterrizó sobre una roca en medio del césped con un ligero y musical estallido. De la combustión espontánea, emergió una figura a la que ella respondió ahora con la más radiante sonrisa y llevándose ambas manos a la cara, conteniendo su emoción. La imagen revelada por las llamas: Un magnífico zorro de vívidos colores rojos, naranjas y amarillos.

El zorro la miró con alegría y luego miró a la dama-flor. Regresó la vista hacia la pequeña y sacudió la cabeza parpadeando, como un gesto de saludo.

La niña se ríe. El zorro ladea la cabeza.

- ¿Por qué estás aquí queriendo alejarte? Vamos, Susana, sígueme, ¡hay toda una celebración en tu honor!

La niña abrió los ojos sorprendida, hizo una mueca de extrañeza y se señaló a sí misma, como diciendo "¿A mí?".

Ésto causó ternura y risa al zorro y a la florecilla.

- ¿En mi honor? - preguntó.

- ¿Lo olvidaste o sólo te haces? ¡La fiesta no puede empezar sin la festejada!

La niña de verdad creía que lo olvidaba, pero sabía que en el fondo algo la estaba esperando. De pronto tomó consciencia. ¡Era cierto! ¿Cómo pudo

olvidarlo?

La verdad no lo había hecho. Tan sólo quería fingir éso.

El zorro se dio la media vuelta y la flor se volvió a sumergir en el pasto, desapareciendo por el agujero que había dejado, antes de que la niña siquiera alcanzara a despedirse de ella.

Se quedó unos instantes ahí quieta, mientras el zorrito saltaba cruzando el estanque como una bola de fuego y pelos, y recobraba su figura normal al otro lado del mismo. Ella quiso voltear hacia atrás cuando un ligero escalofrío la volvió a invadir. Tuvo que luchar por no hacerlo. Empezó a escuchar el siseo otra vez... Ése negro y doloroso susurro que traía miedo como ponzoña en el aire.

Cerró los ojos como queriendo con eso aislarse de todo otra vez, pero el siseo aumentó y casi sintió que algo la rodeaba. Abrió los ojos y tuvo un sobresalto con el que un quejido se le salió del pecho, creyendo que vería algo en aquel páramo de por sí ya tan triste y oscuro.

Sólo vio al zorro seguir un sendero que iba más allá del pequeño estanque, inmersándose en los arboles y arbustos, los cuales iluminaba con un resplandor anaranjado. Se detuvo a mirarla y sacudió la cabeza a manera de invitación.

- ¡Sígueme! - le dijo.

Ella se puso de pie, y aunque volvió a sentir frío por un momento, había calor en su interior, y éso la impulsó a mover los pies y rodear el estanque, para luego correr por el estrecho sendero en medio de los arbustos por el que su peludo amigo de fuego había avanzado.

A.M.D.G. - V.C.R.

-----,.....-----